

Thomas Bernhard,
Viena y yo
Antonio Ríos Rojas



1.ª edición Nausicaá noviembre del 2017
www.nausicaa.es

Copyright © del texto, Antonio Ríos Rojas, 2017
Copyright © de la edición, Nausicaá Edición Electrónica, s.L., 2017
Copyright © de la fotografía de portada, Sepp Dreissinger, 2017
Copyright © de la fotografías del libro, sus respectivos autores, 2017

Compuesto en Warnock Pro 11,5/14

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

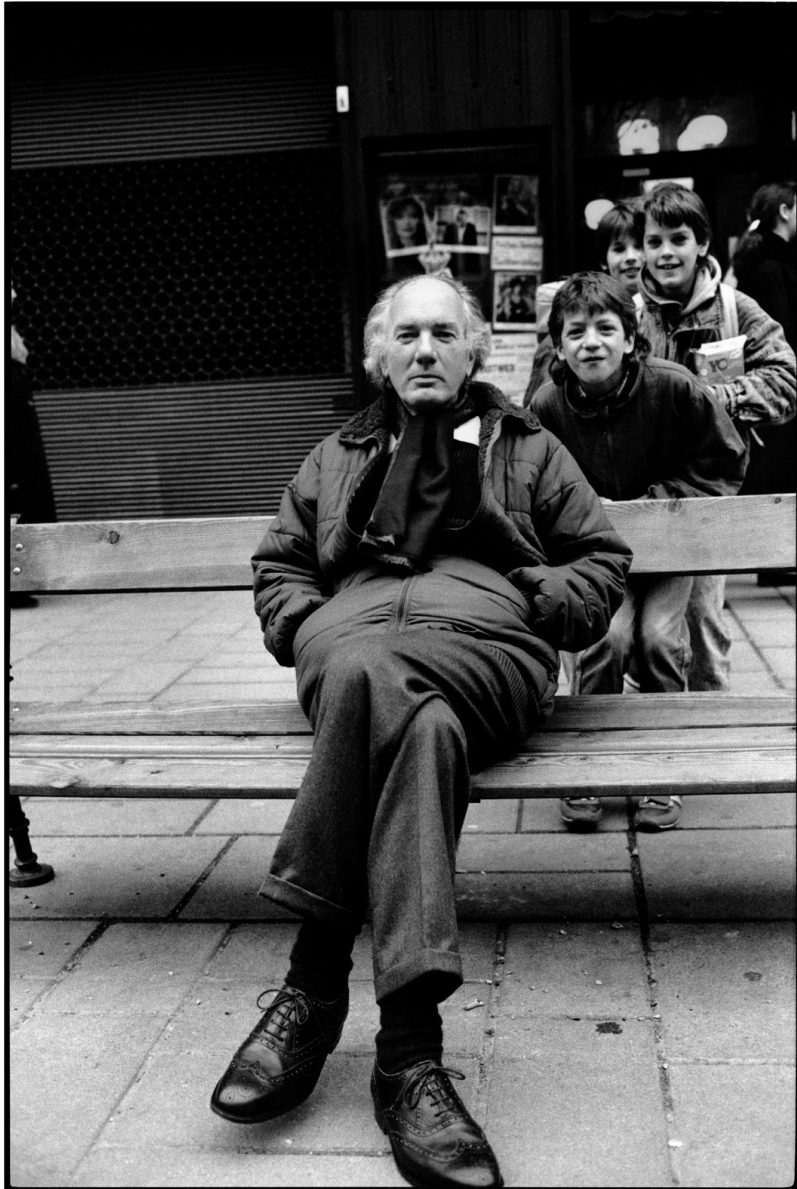
ISBN: 978-84-944683-9-1
DEPÓSITO LEGAL: MU-1408-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso por Editorial Azarbe, s.l.

Mi más sincero agradecimiento a Peter Fabjan y a Sepp Dreissinger por la concesión del permiso de impresión de las fotografías de Thomas Bernhard. Igualmente a José Antonio Alcaide, cuya inestimable ayuda ha contribuido a mejorar este libro.

A Aurora, a Levente, a Helmut



Thomas Bernhard en el Graben, Viena, 1988.
Fotografía: Sepp Dreissinger.

NOTICIAS DE MI AMIGO. RECIBO UN MANUSCRITO.	11
THOMAS BERNHARD, VIENA Y YO. CINCO AÑOS EN VIENA	17
1. A modo de presentación	19
2. ¿Por qué Viena? El origen	29
3. Taborstrasse. Bernhard comienza a hacer efecto. . .	39
4. Thomas Bernhard. Literatura de interiores.	55
5. En el Museo de Arte Histórico	71
6. Bernhard. Más sobre el Museo de Arte Histórico. .	83
7. Museo de Arte Histórico. El ello.	91
8. Del museo a la fotografía	99
9. Golpes, chasquidos. La prosa de Thomas Bernhard	107
10. Los domingos en Viena.	127
11. Bernhard tiene razón. La corrupción musical. . . .	147
12. En el Musikverein con Bernhard	159
13. Thomas Bernhard. La escritura como venganza . .	175
14. La sevillana y el <i>Fidelio</i>	211
15. Amores y amistades vienesas.	219
16. El conservador Thomas Bernhard.	239
17. La tercera más asidua compañía. El alemán	257
18. De amor y mujeres en la literatura de Bernhard . .	283
19. Ida y vuelta. Retornan los domingos.	291
20. Oyente en Konzerthaus. De cómo guiado por Bernhard me aparté de la filosofía y de cómo volví a añorarla. A modo de historial clínico	311
21. Nada extraño	343

22. Una tesis	351
23. El suicidio en Bernhard	375
24. Una crisis vienesa	393
LLEGO A VIENA. EPÍLOGO	399

Noticias de mi amigo.
Recibo un manuscrito

Han pasado unos cuatro meses desde que recibí una carta absolutamente inesperada. En primer lugar por lo inusual que es hoy el recibir una carta, y en segundo lugar por el remitente. Era una carta de mi amigo Rodrigo. Tengo que decir que adiviné la autoría de la misma al ver, antes que nada, mi nombre como destinatario escrito en el anverso. Su letra era inconfundible. Hace doce años iniciamos una intensa relación de amistad que se prolongó por dos años, el primero de los cuales vivimos juntos en Madrid, en un piso en el barrio de La Latina. El segundo año de nuestra intensa relación se limitó a un trato epistolar frecuente. Había pasado mucho tiempo, pero la letra de Rodrigo era la misma, con el aire aristocrático de sus letras extendidas en trazo largo, la ennoblecida “p”, extendida por la izquierda tanto hacia arriba como hacia abajo, la “q”, que se curvaba musicalmente en su extensa prolongación inferior. Sí, era su letra, quizás cabía esperar de ella –pensé– lo que es propio de la voz humana, un cierto cansancio con el paso del tiempo. Pero no; lo que veía era tan firme como lo que había visto hace más de un decenio. Yo diría, más firme aún. Rodrigo era un hombre huidizo, y nunca supe decir si ese continuo huir y esquivar, se debía a una inseguridad de su carácter, o más bien a todo lo contrario. No salía de su habitación cuando llegaban visitas a nuestro piso, pero con las pocas personas con las que trataba –yo entre ellas– Rodrigo se mostraba abierto, punzante en sus críticas, y siempre amable. Pero llegó el día en que Rodrigo también huyó de mí. Dejó de

responder a mis tres –quizás cuatro– últimas cartas. Quise entonces actuar con una consigna de Stefan Zweig, una frase que él mismo me citara una vez, era algo así: “*Cuanto más aprecio a una persona, más respeto su tiempo*”. Nada de lo que salía de la boca de Rodrigo se decía sin pretender un provecho propio, sobre todo su gran provecho, su eterno deseo, el que le dejaran solo. Así pues, esa frase fue dicha en su día con intención inconfundible, y yo supe entenderlo. Quizás nuestra amistad había sido demasiado intensa, y como a veces suele leerse, en toda amistad existe un componente de eros que no exime ni a aquellas amistades forjadas con la materia exclusiva del intelecto. Sí, quizás con el eros nazca también su inseparable compañero, el odio, o cuanto menos el hastío. Quizás, sencillamente se había cansado de mí, pues nos abrumábamos en exceso con datos y recomendaciones. El hecho es que mi amigo dejó de escribirme. En todo caso, nunca le había guardado rencor por ello, y siempre le recordé como un ser de trato amable, huidizo unas veces, y otras, apasionado hasta el delirio.

Rodrigo me escribía desde Viena. Me dijo que había dejado el instituto en Salamanca hacía ya algún tiempo –sin darme más detalles de cómo y por qué– y que vivía en Viena desde hacía siete años. La carta fluía agradablemente. No dejaba ver nada forzado, ni siquiera por la auténtica finalidad de la misiva, que no era otra sino el anunciarme el envío de un manuscrito con el fin de que lo revisara y lo propusiera para una posible publicación a la editorial en la que trabajaba. Lo había escrito dos años antes –me decía– y yacía en reposo en su escritorio desde entonces. Como más tarde le indiqué, aquello no dependía de mí en lo más mínimo, pues yo era en la editorial un mero corrector sin influencia alguna. Me anunciaba que enviaría el manuscrito tres días después de la presente carta, así que me llegaría en dos o tres días. No añadía ni un número de teléfono, ni una dirección de correo electrónico, ni tampoco me escribía cómo había tenido noticias de que trabajaba como corrector para una editorial. La carta se cerraba así: “*Antonio, este escrito es para mí de vital importancia. Un fuerte abrazo*”.

En efecto, justo a los tres días llegó el manuscrito. Insólitamente escrito a mano. Yo jamás había leído un escrito a mano en los cuatro años que llevaba trabajando para la editorial. Y además, en aquella letra suya, el leerlo suponía un esfuerzo añadido. Pero todo estaba limpio, apenas pude percibir un tachón al ojear las casi cuatrocientas páginas. Comencé a leer. Ya el título me había revelado mucho. Era este: *Thomas Bernhard, Viena y yo*. Hace más de diez años, yo mismo leí como un poseo a Thomas Bernhard, y, sin haber estado nunca en Viena, adoraba esa ciudad. Recuerdo que hablaba con Rodrigo una noche, whisky en mano, de que algún día deberíamos ir los dos juntos, pues era destino obligatorio para dos melónamos como nosotros. Por lo que iba leyendo de la obra de mi amigo, me daba cuenta de que el libro sería una sugerente guía de viajes de la ciudad. Bienvenida sea, me dije. Y por último, Rodrigo hablaba de sí mismo en el libro. Una buena parte de los años que me privó de su amistad, venían aquí recogidos, pues él mismo se confesaba a través de Thomas Bernhard. En aquellos días mi mesa rebosaba de trabajo y tardé más de un mes en leer el manuscrito de mi amigo, tiempo durante el cual intercambiamos algunas cartas de impresiones.

Le anticipé en una primera carta que, como él mismo sabía, su escrito no era un ensayo al uso, ni una biografía sobre Thomas Bernhard y que corría el peligro de ser vista como una autobiografía. Le manifesté mi interés por su obra, pero le expuse mis dudas sobre el género en el que esta podría incluirse; pese a todo, le aseguré que haría llegar la obra a alguien del consejo de redacción para que la juzgara. A los pocos días de enviarle la carta recibí una llamada telefónica. Era él. Notamos que nos resultaba difícil reprimir el extrañamiento por oír nuestras voces después de tanto tiempo, pues parecíamos comprobar si la voz que teníamos al aparato correspondía en efecto al amigo de antaño. Noté que su voz, a diferencia de su escritura, se había apagado, casi era un hilo de voz tensa. Nos hicimos unas cuantas preguntas formales, y a dos de las mías evadió la respuesta; una fue cómo había sabido de mi paradero, la segunda qué hacía en

Viena. A esta pregunta, sin embargo, me contestó diciendo que ya me lo contaría más adelante. Mi amigo fue pronto al grano y me dijo con una seguridad y firmeza que nunca antes había conocido en él, “Antonio, me hablas en tu carta de géneros en los que incluir mi obra, pero ya he dejado claro en la introducción que no se trata de un ensayo, ni de una biografía, y mucho menos, deseo que sea considerada como una autobiografía, pues soy consciente de que la autobiografía de un desconocido a pocos podría interesar. Desearía que lo que tenga mi escrito de autobiográfico sea visto como la manifestación de un carácter –el mío– especialmente propicio para un encuentro vital con Thomas Bernhard, y quizás especialmente propicio para desligarse después, con la misma fuerza, de Thomas Bernhard. Sólo por ello escribo sobre mí, a fin de que se muestren dos vidas paralelas, la de Bernhard como autor y la mía como lector suyo. Los géneros, buenos son, y como tales han de quedar, pero en todas las historias de los géneros literarios, apenas se ha desarrollado uno en el que el ensayo sobre un escritor se funda con la vida de su expositor, de su lector, de su intérprete”.

Rodrigo seguía soltero, como no podía ser de otra forma. Noté que se rió de forma sarcástica cuando le dije que me había casado con Marie y que tenía una hija pequeña. Me recomendó no perder el contacto epistolar ahora que lo habíamos reanudado, y me invitó a Viena, a dejar fluir la conversación –decía– con la compañía de un buen whisky, como antaño, aunque afirmó que no probaba apenas el alcohol desde hacía años. Insistió más de una vez en que le visitara en Viena, “allí hablaremos largo y tendido de nuestras vidas” –me dijo–. Le prometí ir, y cumplí la promesa apenas dos meses después de recibir aquella primera carta suya, reencontrándome finalmente con el amigo. Pero de ello informaré sólo al final de estas páginas, ya que ahora, sin más preámbulo, deseo dejar al lector en la compañía de mi amigo, de Viena y de Thomas Bernhard.